mezquino del ejército que quedaba despues de la retirada de los franceses.

Al fin Maximiliano volvió á México.

No escribo la historia de aquella época: tan solo rectifico al doctor, pues ya en otra obra [1] he descrito esa angustia que sufrieron el emperador y los suyos durante aquella prolongada crísis. Allí describí las faces de las conferencias de Orizaba, las discusiones que provocó la abdicacion y todos los detalles de aquellos sucesos durante los cuales las vacilaciones del príncipe y las intrigas del partido conservador engendraron el cambio político que sirvió de preludio á la tragedia de Querétaro.

---

1 *México, Francia y Maximiliano.*

V

El dia 12 de Diciembre de 1866 salió Maximiliano de Orizaba, y habiéndose detenido frecuentemente en el camino, hasta el dia 5 de Enero de 1867 llegó á la capital.

Y aun no se dirigió al palacio, sino que se detubo en la hacienda de la Teja, situada en las inmediaciones de México.

Allí se vió que apesar de la decision tomada vacilaba aún el príncipe, no lograba desechar enteramente de su ánimo la idea de abdicar y volverse á Europa.

Ya ántes en su carta dirigida á los comisarios imperiales desde Orizaba, asentaba estas palabras que probaban de una manera incontestable que no creia en la legitimidad del imperio:

—" El poder, decia Maximiliano, se deriva de la Nacion, por cuanto la Nacion sola, reunida y legalmente representada, puede decidir de una manera estable sobre la forma de gobierno y el porvenir del país."

" Yo seré el primero en sugetarme de buen grado á la decision legal de la Nacion, sea cual fuere."

Con esta confesion del que se habia denominado emperador de México, el imperio era ilegal y todos sus actos nu-

los, desde la junta de notables convocada por Forey hasta el último manifiesto de Orizaba.

Y en efecto, si la proclamacion del trono y las actas de adhesion habian sido legales, á qué buscar aquella nueva sancion de ilegalidad....?

Pero no divaguemos en consideraciones ya inútiles hoy.

Al fin cesaron las vacilaciones de Maximiliano y se resolvió á permanecer en su puesto.

Los franceses hacian mil tentativas á fin de obtener la abdicacion que debia paliar algo la vergüenza de su fuga.

En efecto, abdicando Maximiliano los franceses nada tenian que hacer en México, y Napoleon queria á toda costa que la mengua de su defeccion cayese sobre el noble príncipe á quien habia precipitado en aquella loca aventura. Pero este no quiso prestarse á ser el juguete del gabinete de las Tullerías, y afrontó el peligro que veia en el porvenir.

Pero entonces los franceses consumaron su perfidia retirando á los de su nacionalidad que habian ingresado á las filas del ejército mexicano imperial.

Los ministros austriaco y belga tambien cooperaron á este trabajo, y despues de la disolucion de los cuerpos auxiliares muy pocos extrangeros se prestaron á continuar prestando sus servicios al trono.

La mayor parte de los extrangeros marcharon con los franceses y se embarcaron para Europa.

Pero al narrar este hecho olvida hacer el Doctor Basch las recriminaciones que en otra parte hace á los mexicanos con tal motivo.

¿Por qué en esta ocasion no remarca el médico de cámara lo ruin de semejante defeccion consumada á la hora del peligro?

....¿Quiénes fueron, pues, los que abandonaron á Maximiliano en la desgracia, los extrangeros ó los mexicanos?

- -

Al fin partió la última division francesa, y con toda la rapidez posible, destruyendo su material de guerra y vendiendo en pública almoneda sus caballerías, los soldados de Napoleon III se dirigieron á Veracruz, adonde se embarcaron violentamente antes de que viniera otra nueva conminacion de la Casa-Blanca, y sin cuidarse mucho de cómo quedaba su buen nombre en la tierra que abandonaban y adonde habian ido á consumar la obra mas grande del reinado del 2 de Diciembre.

Con los franceses emigraron los tímidos imperialistas, los que no veian muy claro el porvenir, gracias á las sombras de su conciencia política; los que en la época de prosperidad habian hecho una fortuna con que poder alejarse de Maximiliano en su desgracia, y muchísimos extrangeros que no encontraban en el tesoro exhausto del imperio el indispensable salario de su adhesion.

Maximiliano quedó solo, enteramente solo; pero su gigantesca figura se desprendia en aquel horizonte de fuego alumbrado por las cárdenas luces del sol poniente de su imperio como la sombra colosal de un héroe, el único grande, el único digno de admiracion y de respeto en medio de tanta defeccion, de tanta miseria y de tanta cobardía.

Lo rodeaban nada mas los *pelucones*, como llamaba antes á los conservadores, y esos hombres á quienes Basch retrata como meticulosos, impotentes y nulos, supieron, si no cumplir sus promesas á Maximiliano, porque la situacion era insostenible, al menos sí morir con gloria en torno del trono y caer con dignidad juntamente con el imperio.

Véamos, pues, lo que habian hecho para abrir la campaña los imperiales.

Ya lo he dicho algunas líneas ántes: no me es posible describir las últimas juntas tenidas en México, y en las cuales se discutió aún si Maximiliano debia abdicar ó no.

Cierro, pues, un paréntesis en las "Memorias" del Doctor Basch, desde la embriaguez del padre Fischer en el convite de Orizaba, hasta la salida de Bazaine de la capital con la division de retaguardia que se alejó en medio del júbilo de la poblacion, á la cual pesaba ya mucho la presencia de los franceses.

El partido conservador, entre tanto, habia aglomerado los elementos con que contaba, y creyendo que las cosas pasarian como pasaban algunos años antes, Miramon salió de México con unos cuantos soldados medio desnudos y un cuadro de viejos oficiales, tan viejos, que al ver aquella comitiva los pueblos del Interior comprendieron que con aquel grupo de ancianos se podia formar una coleccion de profetas monumentales y hasta un apostolado, pero que jamás se opondria con ellos una resistencia séria á la República, jóven y vigorosa, que se aproximaba arrastrada por el huracan de la victoria y trayendo en su seno todas las iras del pasado.

Basch dice en sus "Memorias" que Miramon "se habia dirigido á marchas forzadas sobre Querétaro y Zacatecas, habiéndose apoderado de estas dos importantes plazas al primer asalto."

En esto es tan inesacto como en la mayor parte de las novelas con que nos regala el médico aventurero.

Querétaro no fué ocupado por asalto, pues ni un momento habia dejado de pertenecer á los imperiales.

Un dia se vió descender de las calles altas de la ciudad, situadas en su parte oriental, una larga comitiva medio civil, medio militar.

Era Miramon y su cuadro de oficiales, con algunos soldados que pretendian ser un ejército y que no lograban ni los honores de una escolta.

Aquella masa abigarrada, compuesta de los restos de los cuerpos de ejército vencido algunos años atrás en Silao y Calpulalpam, presentaba un aspecto bien estraño. Ancianos vestidos de medio uniforme, y algunos jóvenes á quienes la penuria del tesoro imperial no les habia permitido equiparse conforme á ordenanza, llegaban todos cabalgando tristemente en animales flacos y viejos que arrastraban con pena su carga y su vida.

Los habitantes de Querétaro, por mas adictos que fueran en su mayoría á las ideas conservadoras, no pudieron menos que sonreir con ese sarcasmo propio de su carácter, al ver aquella coleccion de ancianos destinados á salvar el trono que habia desesperado de sostener el ejército francés.

Y sin embargo, aquella masa creció como una avalancha.

Es que esos hombres desgarrados y llevando aun sobre sí las huellas del abandono en que los tuvo el imperio durante tres años, se levantaban llenos de fé á hacer el último esfuerzo en pro de su causa, y al ver enarbolada la bandera de la reaccion por un emperador jóven y valiente creyeron salvada la situacion.

Y se hacian ilusiones, y se forjaban castillos dorados imaginándose que iban á repetirse aquellas campañas rápidas y felices en las que los habia conducido Miramon, arrollando á los ejércitos republicanos que mandaba Degollado.

Es que no conocian bien al enemigo que tenian enfrente, porque su gobierno, siguiendo el antiguo sistema de engañar á la Nacion, mentia victorias, suponia triunfos fáciles, y retrataba á los liberales como unas gavillas desorganiza-

das, sin valor y sin disciplina, cuya única táctica consistia en robar á las poblaciones indefensas.

Cara pagó su mentira el ministro imperial, pues si hubiera sido franco y leal en sus relaciones oficiales, el ejército de Maximiliano no habria ido á estrellarse en aquellos batallones que en Occidente y en la frontera del Norte habian dado lecciones tan severas á los franceses.

No comprendieron un hecho palpitante que por sí solo hubiera bastado para revelarles la verdad entera: y fué, que si los franceses se retiraban despues de volver sus batallones diezmados, consumidos los numerosos reemplazos que mensualmente llegaban á nuestras costas; que si para desprender su ejército de Jalisco y Mazatlan habia necesitado hacer una capitulacion, era evidente que valian mucho las tropas contra las cuales combatian.

En efecto, debia haberles sorprendido que la expedicion se retirara ante un enemigo siempre vencido por ella.....

Sea lo que fuere, Miramon continuó su rápida marcha hácia el interior, recogiendo cuantas partidas sueltas encontraba á su paso, y los restos del ejército imperial vencido en Guadalajara.

Así formó una fuerza respetable con la cual se lanzó sobre Zacatecas, adonde acababa de llegar el presidente de la República acompañado de su ministerio.

Aquella marcha violentísima de Miramon tenia algo de las avalanchas de nieve, que comienzan por un átomo y acaban por un alud inmenso que se precipita desde la altura aplastándolo todo á su paso.

A la capital de México llegó como un meteoro la noticia de la campaña consumada por Miramon, quien se habia apoderado de Zacatecas, destruyendo cuanto obstáculo encontró.

Entónces corrió por las ciudades del interior un rumor

de sangre cuya veracidad podremos estimar cuando hablemos del proceso de Maximiliano.

Con una anticipacion sorprendente, puesto que no habia telégrafo, se supo que Juarez habia abandonado la ciudad de Zacatecas y que Miramon iba á su alcance. Y se pronosticaba que Juarez debia haber sido fusilado juntamente con su gabinete, pues tal era la órden del ministro que llevaba el general imperial, á quien se le habia dado la lista de las personas á quienes no debia perdonar.

Mas tarde, cuando hablemos del proceso de Maximiliano, diremos lo que hubo de cierto en aquel rumor.

Lo que sí es innegable es que las tropas imperiales, esparcidas por la ciudad sembraron en Zacatecas la desolacion y el escándalo.

Los *Cazadores*, sobre todo, saquearon la poblacion y cometieron robos, violaciones y crímenes de todo género.

El aspecto de la ciudad era terrible.

Las calles estaban empavesadas de flores, tapisadas de cortinajes y cortadas por arcos de triunfo. Es que se habia engalanado para recibir al presidente de la República.

Pero en medio de su alegría, cuando la ovacion popular á los poderes nacionales estaba en todo su colmo, cayó de improviso aquella falange imperialista conducida por Miramon llena de ódios y ébria con el furor de una fácil victoria.

Entónces comenzó la matanza, y la soldadesca desenfrenada recorrió la ciudad sembrando el espanto.

La sangre corrió manchando las flores y los laureles, y el inmenso grito de millares de familias desoladas se escuchó en lugar de los himnos nacionales.

- -

El gozo fué muy breve.

El ejército del Norte avanzaba sobre Miramon por el camino de San Luis Potosí.

Miramon, ávido de gloria y comprendiendo que solo la

audacia podia salvar la causa que defendia, se lanzó á encontrar al ejército de Escobedo.

Cuenta además el cronista conservador que Miramon contaba con que las fuerzas imperiales que mandaba Castillo se habrian situado ya á la retaguardia del ejército liberal.

Pero Castillo se habia detenido en la Quemada, punto situado en la parte média del camino de Querétaro á San Luis.

Así es que no fué su ejército lo que encontró Miramon en San Jacinto, sino á las tropas del Norte; y no era aquel ejército desnudo, sin organizacion y sin disciplina que otras veces habia llevado Vidaurri, sino soldados educados en el fuego, formados en medio de las balas francesas, llenos de ardor y de entusiasmo y que traian un magnífico armamento.

El general imperialista no tuvo ni tiempo para organizar su batalla.

Fué batido sobre la marcha.....y completamente batido.

Miramon escapó gracias á la rapidez de su caballo, y pocas horas despues de su derrota llegaba casi solo al campo de Castillo.

Dejaba en poder de su enemigo todo su ejército, su artillería, sus trenes y su equipaje. Y lo que fué peor aún, á uno de sus hermanos, á Joaquin, que quedó herido en Tepetates, adonde fué capturado y pasado por las armas.

Los prisioneros hechos á Miramon fueron incorporados al ejército liberal, menos los oficiales y ciento nueve franceses que fueron fusilados en el campo mismo, por grupos de diez en diez hombres. De suerte que fueron once ejecuciones, yendo en la última nueve reos.

Eran los franceses que habian asolado á Zacatecas el dia en que la ocupó el general del imperio.

VI.

El grupo conservador es, de todos los partidos de México, el que se hace mas ilusiones respecto al porvenir.

Excepto uno ó dos personages de los mas prominentes que se estremecian de terror al ver vacías las arcas del tesoro, al saber que la bandera de los grifos solo ondeaba ya en Querétaro, México y Puebla, y al palpar que, la opinion, la verdadera opinion pública, rechazaba aquel órden de cosas, todo lo demas sonreia en la capital del imperio.

La renovacion de empleos habia abierto las puertas de la esperanza á todos los reaccionarios que habian estado desterrados del presupuesto durante los floridos años de la intervencion.

Ademas, todos los comprometidos con el personal imperante aguardaban milagros de las espadas de Miramon, Márquez y Mejía.

Pero repentinamente llegó á México la noticia de la completa derrota de Miramon, como el primer trueno de la tempestad que llegaba traida rápidamente en las alas negras y rojas de la nube, que servia de pedestal á la revolucion.

Y la revolucion, cuando es obra de un pueblo que quiere ser independiente nada puede dominarla.

El ministerio conservador creyó que habia llegado el momento de hacer un esfuerzo supremo, y aconsejó á Maximiliano que se pusiera á la cabeza de su ejército.

Basch, como todos los europeos que hablan de este suceso, dá dos interpretaciones á este hecho: una, que los conservadores querian así alejar á Maximiliano de la capital para quedar dueños del campo, imposibilitando así la partida del emperador en caso de que este volviese á pensar en la abdicacion, y la otra, que Márquez dió este consejo á su soberano para preparar así su traicion y poder entregar al príncipe extrangero á sus enemigos y hacerse dueño del poder supremo.

Ambas apreciaciones, como todas las de Basch, son igualmente inesactas.

El partido conservador comprendió, desde la huida del cuerpo espedicionario, que su única salvacion estaba en tener una bandera, y ninguna, en aquellos momentos, valia tanto como la de los grifos. Pero suponer que en aquellos momentos podrían los reaccionarios sustituir al emperador con una personalidad mexicana es desconocer la situacion tal como quedada al retirarse Bazaine.

Respecto á Márquez, para suponer este preludio de su traicion seria preciso concederle las dotes de la adivinacion. En la fecha en que salió Maximiliano para Querétaro, Márquez no podria preconcebir cuál seria el desenlace de aquella intentona.

Basch, y con él muchos maximilianistas, arrojan sobre Márquez la inculpacion de haber traicionado á su soberano aconsejándole que se pusiera al frente de su ejército á fin de sacrificarlo allí y quedar dueño del poder supremo.

Pero esta acusacion es absurda.

Si Maximiliano hubiera estorbado á los conservadores y al héroe de Tacubaya, ni aquel ni estos lo habrian detenido

en Orizaba, haciéndolo permanecer en el trono: mas sencillo hubiera sido dejarlo abdicar.

Y si se rearguye que deseaba que permaneciera Maximiliano en México solo mientras se alcanzaba salvar aquella situacion, conservando así la unidad del partido con la presencia del emperador se puede contestar con este dilema inflexible: O triunfaba el partido imperialista, y entónces era imposible para los conservadores hacer á un lado al príncipe que los habia guiado con su espada á la victoria, ó triunfaba el partido nacional, y en ese caso la suerte de los vencidos seria igual, ya fuesen reyes ó súbditos.

Pero cuando un gran desastre pesa sobre un grupo de hombres, estos buscan á uno entre ellos sobre quien puedan arrojar la culpa de aquel siniestro. Esa es la condicion de la raza humana.

En mi juicio, si Márquez aconsejó á Maximiliano que marchase á Querétaro, no fué que comenzara con esto á poner en planta un programa de traicion.

Bastantes crímenes pesan ya sobre la cabeza de Márquez para que se quiera suponerle otro mas.

El gefe de estado mayor del emperador abrió la campaña del interior porque tenia, como todos los imperialistas, la ilusion de que iban á repetirse los fáciles triunfos de la guerra de reforma.

Ese fué el error mas grave de la intervencion y del imperio. Suponian que los liberales eran solo bandas de foragidos, desnudos, mal armados y peor organizados que debian ser derrotados á los primeros tiros. Así es que aquel gobierno obraba sin conocer ni las cosas, ni los hombres; así es que, engañado por los franceses que ocultaban sus derrotas, se lanzó á una lucha desesperada y cuyo final debia encontrar la mas completa de las derrotas.

Por fin el dia 13 de Febrero salió Maximiliano para el

camino del interior, rodeado de los mejores cuerpos del ejército mexicano.

Pocos extrangeros iban á su lado, y los cuerpos austriacos permanecieron en la capital, llevando de ellos solo una escolta de honor.

Basch atribuye este arreglo á los siniestros proyectos que abrigaba Márquez de sustraer á Maximiliano de toda influencia estraña. Supone ademas, que temiendo perder la capital del imperio la dejaba confiada al valor y pericia de los austriacos.

El médico olvida que sin los austriacos el ejército imperialista se batió con denuedo y heroicidad en Querétaro y que los soldados extrangeros fueron completamente derrotados en San Lorenzo y hechos pedazos por el general Diaz.

VII.

Apenas habia salido Maximiliano de la capital al frente de sus dos mil hombres, segun dice Basch, cuando comenzaron las hazañas de este.

En Tlalnepantla almorzó Maximiliano muy tranquilo y teniendo, como los emperadores romanos, una música que regalaba sus oidos. Solamente que esa música la componian las diatribas que, á duo, lanzaban Márquez y el cura del pueblo contra los liberales.

Maximiliano estaba desde ese momento en plena reaccion.

Pero el almuerzo y las filípicas del gefe de Estado mayor fueron interrumpidas por los primeros tiros que se dispararon directamente sobre el soberano.

Hasta entónces se habia batido á sus soldados: ahora la agresion era á la real persona.

La avanzada de Fragoso, que entró á tirotear al enemigo, se retiró y entónces pudo continuar el ejército imperialista su marcha.

Pero á las dos leguas encontró Maximiliano, no una avanzada, sino á la guerrilla entera que se arrojó sobre los dos mil hombres que escoltaban al soberano.

La guerrilla jamás intentó presentar una formal batalla, sino hacer mas lenta aquella marcha y molestar á su contrario.